

se empeña aún en repetir. A algo remite, aunque no sea algo; y algo provoca, aunque no sepamos qué. En la desconstrucción o desmontaje de la filosofía de la conciencia que Heidegger casi sin pretenderlo practica, la nada comienza a ocupar su lugar hasta develarse hermana del ser. Se revisan aquí con un saber y una fruición extraordinarias los textos que al respecto son clave: *Ser y tiempo*, *¿Qué es metafísica?* (y su «prólogo» y «epílogo» posteriores) e *Introducción a la metafísica*. Se airea la lectura que Heidegger hace de Nietzsche, y acaba el libro con la revisión abreviada de lo que uno y otro entienden por nihilismo.

Somos seres metafísicos, pero eso no significa que tengamos que repetir eternamente la metafísica tradicional de Occidente: una y otra vez, en cada momento, se vuelve a plantear la pregunta acerca de cómo somos, ahora, eso sí, atentos a la vorágine de aconteceres e ignorancia, informaciones y deseos, impotencias, y también —en el fondo— aliento y calma que constituyen nuestras vidas. Para revelarnos el punto de partida, nuestro acervo metafísico, no hay libro como éste: *Lecciones de metafísica*, de Remedios Ávila.

Jaime Aspiunza Elguezabal

AMBROSE BIERCE: *La mirada cínica*. Madrid, Sequitur, 2010, 64 págs.

Ahora que se han puesto de moda los textos de 140 caracteres por la moda Twitter, los autores que han frecuentado los aforismos tienen una oportunidad de oro. Y entre ellos está Ambrose Bierce (1842-1914?), un hombre que vivió los años que llevaron a EEUU de la sociedad rural de los pioneros a la sociedad de las grandes urbes, las grandes fortunas, la prensa de masas y su democracia de opinión pública.

Bierce fue un testigo cualificado de estos cambios ya que nació en una aldea de Ohio, en un ambiente rural de aislamiento e insalubridad, donde la malaria era todavía habitual. Escapando de las vastas distancias de la América profunda, Bierce tuvo ocasión de conocer otras experiencias profundas de la vida. Como la guerra civil estadounidense, cuyos horrores le marcaron profundamente y bien podrían explicar la relación de amor/odio hacia el género humano que se desprende de su obra.

Tuvo ocasión también de contemplar el nacimiento de las grandes urbes que marcarían la sociedad de su país y por extensión del mundo entero del nuevo siglo. En ellas tuvo ocasión de vivir otra singular aventura, esta vez de papel y tinta (supuestamente negra, pero con el tiempo más conocida como *amarilla*): la de los periódicos de masas que inauguraban también un nuevo tiempo. Una prensa que también reflejaría las ambivalencias de la vida humana: denunciando en sus páginas los casos de corrupción de los emergentes núcleos urbanos y contribuyendo así al movimiento reformista que daría forma al progresismo de aquellos años; pero también atrayendo a sus lectores populares con toda clase de relatos terribles de crímenes o con grandes campañas manipuladoras como la que llevaría a la *splendid little war* en la que España, eje del mal por entonces, sería impudicamente derrotada.

Tras la Guerra Civil, Bierce se instaló en San Francisco, donde colaboraría con diversas publicaciones. Luego fue a Londres, donde residiría entre 1871 y 1875 (sus años más felices), regresando de nuevo a San Francisco, donde quien llegaría a ser uno de los grandes magnates de la nueva prensa, William Randolph Hearst, lo fichó como columnista e editorialista del *Examiner*.

Después de diversos acontecimientos familiares trágicos, Bierce se mudó en 1899, como lo hizo el propio centro de gravedad de la influencia de Hearst, a la costa este, convirtiéndose en corresponsal en Washington del *American* de Nueva York. Allí sería testigo del nacimiento del moderno modelo de Presidencia de EEUU, siendo seguramente uno de los primeros en ocupar un puesto de corresponsal como éste. Medio siglo después, Walter Lippmann, el gran periodista del nuevo siglo, recordaba así estas primeras ruedas de prensa «tan reducidas que tenían lugar en el propio despacho del Presidente con los periodistas situados tres o cuatro pasos atrás en torno de su mesa. Cuando la conferencia concluía, el Presidente no abandonaba la habitación sino que se sentaba de nuevo en su silla y aquellos de nosotros que querían permanecer allí un rato más solicitándole que aclarara o ampliara esta o aquella otra información» (W. Lippmann: *Libertad y prensa*. Madrid, Técno, 2011).

Sin embargo, después de haber conocido el nacimiento de las grandes urbes y sus nuevas formas de hacer periodismo y política (quizás precisamente por ello), sintiendo cerca el ocaso de su vida, a sus 71 años, escribió a un familiar: «¡Que le den a la civilización! Yo prefiero las montañas y el desierto». Así que Bierce rompió con todo y marchó a enrolarse en el ejército revolucionario de Pacho Villa, muriendo en

Méjico poco después sin que se sepa bien ni dónde ni cómo.

En los aforismos breves de Bierce parece recogerse este sentimiento de distanciamiento hacia la sociedad de su tiempo. Así su crítica a la obsesión por la riqueza y el mito del mercado que ya empezaba a empar la sociedad estadounidense y acabaría siendo su signo de identidad: «Observa, hijo mío, con qué austera virtud el hombre sin un céntimo deja a un lado la tentación de manipular el mercado o hacerse con un monopolio» (p. 24). O su crítica hacia la democracia como forma de vida, en la que parece escucharse un eco de Tocqueville, cuando escribe que «La única distinción que premian las democracias es un alto grado de conformidad» (p. 31). Todavía más irónico (o cínico, como titula la recopilación) resulta Bierce cuando nos habla de otro gran protagonista naciente del siglo futuro, la opinión pública, de la que escribió que «Si al menos la opinión pública estuviera determinada por el lanzamiento de una moneda, a la larga acertaría la mitad de las veces» (p. 27).

En un texto apenas algo más extenso Bierce imagina a un lunático que hubiera imaginado el mundo de su tiempo y celebra que hubiera sido capaz de pergeñar figuras como Rockefeller o el Presidente Taft. O como Hearst, el hombre que le dio empleo y reconocimiento. Cuando el lunático imagina a Hearst no sabemos si testimonia un íntimo reconocimiento del autor o más bien refleja todo el distanciamiento de un cínico que ve desde la lejanía el mismo mundo en el que se halla; o ambas cosas: «Pero lo proeza mental de la que extraigo mayor satisfacción, y que sin duda será la más divertida para mis cuidadores, es la de haber creado al señor William Randolph Hearst, haciendo que sus ojos apunten hacia la Casa Blanca y dotándolo de una peligrosa ambición jacksoniana. El tal Hearst es un verdadero tesoro» (p. 64)

Bierce recorrió a lo largo de su vida la línea que separaba *the last frontier* y el nuevo mundo emergente; una frontera física entre la América profunda y las nacientes metrópolis del siglo XX y una frontera espiritual entre el mundo rural del pasado y la nueva sociedad del mercado, la opinión pública, la política de la Casablanca o la

prensa de masas. No deja de ser significativo que próximo ya su final prefiriera de algún modo retornar a la primera.

Hugo Aznar

(Universidad CEU Cardenal Herrera. La realización de esta reseña se enmarca en el Proyecto I+D del Micinn FFI2010-17670)

CORTINA, Adela: *Neuroética y neuropolítica. Sugerencias para la educación moral*. Editorial Tecnos, Madrid, 2011

Adela Cortina ha logrado lo más difícil, tener una voz propia en el panorama filosófico actual. Un hecho que queda bien explícito en el título de uno de sus libros más recientes: «Ética de la razón cordial». Pero la cosa no queda ahí, porque la Catedrática de Ética de la Universitat de València nunca ha obviado los debates fundamentales de nuestro tiempo.

De ahí que en este último libro (con él ya ha sobrepasado la veintena) Cortina nos alumbró sobre la importancia que están adquiriendo actualmente las neurociencias en los ámbitos de la ética y de la política. El espíritu y la letra del mismo se estructura a modo de deliberación sobre la neuroética, una disciplina que se pregunta por las bases cerebrales de la conducta moral, y que está hoy muy en boga. El objetivo básico consiste en vislumbrar si la neuroética es una ética fundamental y si sirve para responder preguntas cruciales como por qué debemos comportarnos moralmente. ¿Existen unos códigos morales inscritos en nuestro cerebro que nos permiten eliminar los códigos filosóficos y religiosos admitidos hasta ahora?

Decía deliberación, pero desde un sentido crítico, es decir, la autora intenta, en

todo momento, discernir hasta dónde llegan las aportaciones positivas y dónde empiezan los límites. No niega el reto que supone la neurociencia actualmente, reconociendo los resultados positivos que pueden acarrear esas ciencias experimentales que intentan explicar el funcionamiento del cerebro, sobre todo en lo relacionado con la posible mejora de las capacidades humanas y su valiosa aportación para la curación de patologías.

El problema surge cuando algunos científicos utilizan, paradójicamente, un lenguaje religioso, como cuando hablan de salvar a la Ética, planteando un proyecto de justicia global arraigado en nuestro cerebro a través de un proceso evolutivo de millones de años. Un cerebro (no se confunda con «mente» o con «persona») que toma decisiones influido por algún tipo de compás moral universal que evolucionó para crear grupos cohesionados y fuertes, donde el extraño era mirado con desconfianza. Ahora bien, si eso es así, ¿es el ser humano intrínsecamente moral o vela tan solo para su provecho? Cortina reconoce que, aunque seguimos llevando nuestra dotación mental de cazadores-recolectores, nuestro entorno ha cambiado radicalmente y, por lo tanto, normas que en su día fueron